



1º Bach - Tiempo Litúrgico: "Adviento y Navidad".

Los cristianos celebramos en Navidad que Dios, en Jesús de Nazaret, vino a nuestro encuentro para enseñarnos un nuevo estilo de vivir más humano y fraterno. Celebramos que sigue presente entre nosotros y en nosotros dándonos su aliento para vivir al estilo de vida que él inició.



Vivimos en tiempo de espera, tiempo de Adviento. Pero nuestra espera no es una espera pasiva sino activa. Aquello que esperamos queremos ya hacerlo realidad en nuestro presente; por ello nos esforzamos y trabajamos por transformar el mundo en el que vivimos, para que se asemeje cada vez más a la vida que nos depara en el reino eterno.

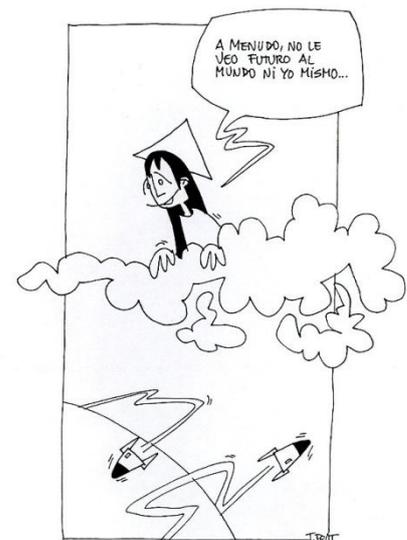
El camino de Adviento es camino de Esperanza, porque busca y persigue hacer presente a Jesús nazareno en el camino cotidiano de nuestra vida, en el difícil camino del mundo y la sociedad en que vivimos.

¿Cómo hacer posible que Jesús de Nazaret, el Resucitado, se haga palpable y creíble a los ojos de los hombres y mujeres de nuestros días? ¿Cómo hacer posible que nazca en el corazón de este mundo tan deshumanizado y competitivo, la presencia del Resucitado?

Se hace preciso recorrer el camino de Adviento. Todo seguidor de Jesús está llamado a recorrerlo si quiere mostrar con su vida el auténtico rostro de Dios. A todos se nos grita desde el desierto de este mundo desgarrado:

*“¡Preparad el camino al Señor;
abrid sendas rectas para él!
¡Que se nivelen los barrancos
y se allanen las colinas y las lomas!
Que se enderecen los caminos sinuosos
y desaparezcan todas las asperezas,
para que todo el mundo contemple
la salvación que Dios envía!”
(Lc 3,4-6)*

¿Qué tenemos que hacer los cristianos para que Dios se haga palpable en este mundo tan injusto e inhumano en el que vivimos? ¿Cómo se prepara el camino para que todos puedan experimentar la salvación que Dios envía?



Para responder a estas preguntas ofrecemos a continuación un relato que dará la clave para nuestra respuesta:



“El aprendiz”

Un hombre que acababa de encontrarse con Jesús Resucitado, iba a toda prisa por el Camino de la Vida, mirando por todas partes y buscando. Se acercó a un anciano que estaba sentado al borde del camino y le preguntó:

- *Por favor, señor, ¿ha visto pasar por aquí a algún cristiano?*

El anciano, encogiéndose de hombros, le contestó:

- *Depende del tipo de cristiano que ande buscando.*
- *Perdone –dijo contrariado el hombre-, pero soy nuevo en esto y no conozco los tipos que hay. Sólo conozco a Jesús.*

Y el anciano añadió:

- *Pues sí amigo; hay de muchos tipos y maneras. Los hay para todos los gustos. Hay cristianos por cumplimiento, cristianos por tradición, cristianos por costumbre, cristianos por superstición, cristianos por obligación, cristianos por conveniencia, cristianos auténticos...*
- *¡Los auténticos! ¡Estos son los que busco yo! ¡Los de verdad! – exclamó el hombre emocionado.*
- *¡Vaya! – dijo el anciano con voz grave-. Esos son los más difíciles de ver. Hace ya mucho tiempo que pasó uno de esos por aquí, y precisamente me preguntó lo mismo que usted.*

El hombre, con gran ansiedad preguntó:

- *¿Cómo podré reconocerle?*

Y el anciano contestó tranquilamente:

- *No se preocupe amigo. No tendrá dificultad en reconocerle. Un cristiano de verdad no pasa desapercibido en este mundo de sabios y engreídos. Lo reconocerá por sus obras. Allí donde van, siempre dejan huella.*

Ante la pregunta de cómo preparar el camino al Señor, cómo abrir sendas rectas para él y hacer posible que la Salvación nazca en este mundo, la respuesta que se nos propone es clara: dejando huella... “allí donde van siempre dejan huella”.





Podemos pasar por la vida haciendo muchas cosas, pero hagamos lo que hagamos, sólo dejaremos huella por el bien que hayamos hecho y sembrando a nuestro alrededor. Y es que el amor que damos y el bien que hacemos, cuando es gratuito, deja una marca imborrable en el corazón de las personas que lo han recibido y acogido.

Lo que realmente deja huella es el amor con que se hacen las cosas, por pequeñas que sean. Es ahí donde se hace palpable la presencia de Dios, la salvación de Dios. Basta una sola de estas huellas para rescatar a un ser humano y devolverle su dignidad y su auténtica identidad. Porque...

*cuando uno se siente amado tal como es,
cuando uno se siente respetado y aceptado,
cuando uno se siente ayudado gratuitamente,
cuando uno se siente valorado y comprendido,
cuando uno siente que es importante para otra persona,
cuando uno descubre que lo que a él le ocurra, le afecta y le quita el sueño a otro ser humano,
o cuando siente que alguien camina a su lado y le tiende la mano cuando todos le dan la espalda...*

*... se produce el milagro, el gran milagro, el auténtico milagro,
(como los que Jesús de Nazaret provocaba).
El llanto se convierte en risa,
la desesperación en esperanza,
el sufrimiento que otros sembraban en el corazón
se vuelve gozo y alegría.
El dolor que oprimía el alma
se convierte en cantos de liberación y gloria.*

*Lo que estaba muerto ha vuelto a la vida.
Lo que muchos se encargaron de crucificar,
otro le ha hecho experimentar
el gozo de la RESURRECCIÓN.*

Y todo porque alguien ha pasado por su vida haciendo el bien. Cuántas personas que viven en nuestro mundo, en nuestra sociedad, en nuestro barrio, o junto a nosotros, esperan una mano tendida, un gesto de acogida, una palabra de aliento, una mirada comprensiva, el regalo de una sonrisa...



Son muchas las personas que viven en Adviento permanente, en espera de que alguien cambie sus vidas abriéndoles caminos de liberación, en espera de alguien que les muestre con su vida el auténtico rostro de Dios. Cuántos seres humanos que sufren, viven a la espera de una persona que pase por sus vidas dejando huella.



Éste es el papel que los cristianos estamos llamados a desempeñar por vocación. Si fuéramos realmente conscientes de lo mucho que podemos influir en la vida de los demás con nuestras palabras, con nuestras acciones, con nuestros detalles o gestos de ternura, por muy insignificantes que parezcan. Es inmenso el poder transformador que puede llegar a tener una persona cuando se ha encarnado en ella el Amor Verdadero, es decir, cuando vive el Estilo de vida que Jesús de Nazaret vino a traernos.

Cómo cambiaría el mundo si todos los cristianos tomáramos en serio el estilo de vida que él nos propone. En el fondo, lo que se nos pide es hacer una revolución; revolucionar el mundo en el que vivimos, en el que cada uno de nosotros vive, para que haya más justicia, más fraternidad, más humanidad; es decir, hacer de esta tierra un cielo... en lo que de nosotros dependa.

Pero para poder llevar a cabo esta revolución se nos plantean tres retos muy relacionados entre sí. Son los mismos retos a los que se han tenido que enfrentar todos los seguidores de Jesús a lo largo de todas las épocas; unos lo superaron, otros se quedaron a medias, y muchos ni siquiera se los plantearon. Estos retos son:

1. Ser cristianos auténticos.
2. Ser comunidad auténtica.
3. Construir el Reino de Dios.

Así es como llevaremos a cabo una auténtica revolución, la que está esperando el mundo en el que vivimos. Éste es el Adviento que los cristianos estamos llamados a preparar cada día del año, allí donde vivimos y estamos. En la medida que encarnemos a Dios con nuestras vidas, haremos posible y palpable la auténtica Navidad.

